

**LEGADO**

Mantener viva la memoria¹

Dora Ruth del Valle Cobar

En el marco de las actividades de recordación con motivo del Día Nacional de la Dignificación de las Víctimas del conflicto armado interno, el 22 de febrero se realizó en el campus central de la Universidad de San Carlos de Guatemala, frente al monumento dedicado a los y las víctimas universitarias, un acto de homenaje a la memoria de Myrna Elizabeth Mack Chang, Sergio Saúl Linares Morales, Rubén Amílcar Farfán y Julio César del Valle Cobar, quienes fueron asesinados, secuestrados o desaparecidos en diferentes momentos del terrorismo de Estado en los años 80 del siglo pasado.

En el acto, además de la colocación simbólica de claveles en las placas del monumento, autoridades universitarias hicieron entrega de reconocimientos a familiares de la y los sancarlistas homenajeados en esta fecha. Además del rector en funciones de la USAC, maestro Pablo Oliva, hicieron uso de la palabra Víctor Hugo Hernández Anzueto (quien rememoró la vida de Mirna Mack); Manolo Mendoza Farfán (refiriéndose a su tío aún desaparecido Rubén Amílcar Farfán); Ruth Linares y Jorge Arriaga (quienes recordaron a Sergio Linares Morales) y Dora Ruth del Valle, cuyo testimonio incluimos a continuación.

1. Texto leído por Dora Ruth del Valle en el acto realizado en la Universidad de San Carlos de Guatemala el 22 de febrero de 2022.

Muy buenos días autoridades universitarias, buenos días familiares de los mártires universitarios, buenos días a quienes nos acompañan.

Julio César del Valle Cobar era mi hermano mayor y estudiaba Economía; aún no cumplía los 23 años. Fue secuestrado el 22 de marzo de 1980, día de la elección del Rey Feo; apareció esa misma noche torturado y asesinado. Lo secuestraron junto con Iván Alfonso Bravo Soto, estudiante de Medicina, y Marco Tulio Pereira Vásquez, también estudiante de Ciencias Económicas. Andaban juntos en responsabilidades de la edición del “No Nos Tientes” de ese año.

Hijo de José Cecilio del Valle Castillo y Dora Julia Cobar Castillo, ambos empleados públicos. Julio era el mayor de cuatro hermanos; a mí me llevaba tres años y después entre nosotros nos llevamos año y meses; Julio, por lo tanto, era como un hermano muy mayor, él nos dirigía las lecturas —que nos inculcaron nuestros padres— y los juegos educativos; aunque no era muy deportista, hacía judo y jugaba voleibol. Todos habíamos sido parte en nuestra niñez y adolescencia del movimiento Scout y de Muchachas Guías en Guatemala. Además, Julio tenía un excelente oído musical y tocaba flauta, ar-

mónica y saxofón, habiendo integrado la banda de la Normal.

Julio César siempre fue un excelente estudiante, con dotes de liderazgo. Estando en la Escuela Normal Central para Varones, empezó su participación en el movimiento estudiantil, pues a inicios de la década de los años 70 se comenzó a rearticular el movimiento magisterial, liderado por maestros y maestras de los institutos públicos. En 1974 fue presidente de la Asociación de Estudiantes Normalistas.

En casa, papá siempre nos hablaba de los años de la Primavera Democrática, de los avances en la educación, de todo lo que habían hecho Arévalo y Árbenz para sacar a Guatemala de la pobreza. Eso fue abriendo nuestros ojos y nuestros corazones en relación con el compromiso de construir una Guatemala mejor, sobre todo porque nosotros, viniendo de una clase media trabajadora, teníamos el privilegio de, por lo menos, haber estudiado una carrera de educación media.

En 1976, después del terremoto, la juventud estudiantil se volcó a

jornadas de apoyo en las regiones donde más daño habían sufrido las personas; Julio tenía 17 años, cuando el 10 de marzo de ese año fue detenido por la Policía Nacional en compañía de otros estudiantes, en la colonia Niño Dormido, por la Bethania, ocasión en la cual asesinaron a Eduardo Alvarado Chuga e hirieron a Tania Palencia Prado.

Este fue el primer golpe que recibimos, no solo por la detención de Julio y sus compañeros, sino por la muerte de un amigo muy cercano. También fue el primer acercamiento que tuvimos con la cárcel, pese a ser menor de edad, permaneciendo en Pavón casi un mes; y con el posterior exilio de Julio.

Sin embargo, su conciencia y convicción no se doblegaron y, pocos meses después de haber salido del país, regresó y continuó con su labor.

Al ingresar a la USAC lo hace a la Facultad de Ciencias Económicas, donde inmediatamente se incorpora al Grupo Praxis, que era parte de la Alianza de Grupos Democráticos y Progresistas FRENTE; incluso participó en el grupo de teatro Nalga y Pantorrilla. En 1980 tenía un papel de responsabilidad en el Honorable Comité de Huelga de Dolores.

Como les decía, Julio César y sus compañeros fueron secuestrados el 22 de marzo de 1980, cuando estaban realizando labores relacionadas con el “No nos tientes”. Los demás andábamos en la elección del Rey Feo. Parece que fueron detenidos al medio día, cuando ya iban juntos en el carro de Julio. Pero nunca logramos establecer quién era la persona que había dicho que les habían cruzado un vehículo para detenerlos.

Esa mañana habíamos tenido una reunión en la Universidad, en la cual había estado Iván Bravo, quien, alrededor del mediodía, se bajó de la camioneta en la 18 calle, mientras los demás seguíamos hacia el Paraninfo, para atender responsabilidades en la elección de Rey Feo; ese año yo estaba en el Comité de Orden de la Huelga.

Alrededor de las 7 de la noche se recibió en mi casa una llamada telefónica de una funeraria, que indicaba que había aparecido el carro con tres personas. Mi padre se movilizó inmediatamente para identificarlo, pero no conocía a los otros compañeros, por lo que me tocó hacer esa terrible tarea.

Todavía tengo la imagen muy fresca cuando un compañero de Medicina me metió a la morgue y pudimos verlos e identificarlos; los

tres torturados y asesinados. Sus rostros sin vida, pero con mucha entereza y paz. Tampoco voy a olvidar mi peregrinación para avisar a los decanos de Económicas y Medicina, para que pudieran intervenir y que no enterraran a Iván y Maco como XX, porque sus familias vivían lejos de la ciudad.

El Ejército Secreto Anticomunista se adjudicó el asesinato, diciendo que era una represalia por la muerte del Coronel Máximo Zepeda Gómez, que había sucedido tres días antes. Dejaron una manta que decía “así morirán todos los del PGT”.

En esa época era imposible realizar alguna gestión judicial para que se investigaran los hechos, por eso no se presentó ninguna demanda; el acta de la necropsia ni siquiera detallaba las torturas sufridas. Cuando entré a la morgue, estaban bajo la vigilancia de soldados armados. Fue espantoso.

A nosotros nos cambió totalmente la vida, nos obligó a separarnos físicamente, pero siempre recibimos la solidaridad de amigos y amigas que nos conocían y, particularmente, de la primera familia de mi padre, de mis hermanos y su mamá, por lo que debo estar eternamente agradecida.

Así como a nosotros nos cambió la vida todo esto, seguramente muchas familias también han sido desarticuladas en Guatemala. Muchos de mis compañeros y compañeras fueron desaparecidos o asesinados en esos años, no me alcanzaría el día para mencionar los nombres de mis compañeros y compañeras. Muchos tuvimos que vivir años fuera del país para sobrevivir. Muchos no se repusieron a estas situaciones, y muchos seguimos dando la batalla desde los espacios en los que estamos.

Por eso hoy agradezco este espacio, agradezco que sigamos haciendo esfuerzos por mantener viva la memoria, para que esas placas que llevan tantos nombres, se conviertan en instrumentos para la educación de las nuevas generaciones, para que sepan quiénes fueron las y los que lucharon por hacer de Guatemala un país justo y humano, donde la paz, la democracia y el pleno ejercicio de los derechos humanos sean una realidad.

Por eso, seguimos diciendo con el poeta: Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.